

CAPITULO VI.

SITUACION DE NAPOLES, DE VENECIA Y DE FLORENCIA.—EL ABATE GIOBERTI EN ROMA.—EL TE DEUM EN LOS TEATINOS.

El mes de Mayo de 1848, habia sido fértil en grandes acontecimientos. El mas importante de todos, fué el triunfo del rey Fernando II sobre la revolucion de Nápoles. La segunda parte de este libro contará circunstanciadamente este gran drama histórico. Fué de inmensos resultados; ayudó á salvar á la Europa.

El soberano de las dos Sicilias, vencedor de las insurrecciones de su capital, disponiéndose á reconquistar la Sicilia, habia llamado sus tropas de la liga italiana, así como la escuadra que bloqueaba á Trieste, juntamente con la flota sarda y veneciana. Este llamamiento fué un primer golpe de maza dado á la cruzada. Mazzini insurreccionando á Nápoles, habia creído trastornar á Fernando: por el contrario, no habia herido mas que á la *unidad italiana*.

Pepé rehusaba obedecer á los mandatos de su soberano; pero abandonado de la mayor parte de los suyos, este general partió para Venecia, adonde llegó el mes de Junio. No le quedaban mas que dos batallones de voluntarios napolitanos, que nombraba *batallones modelos*, una batería de ocho piezas, y algunos centenares de soldados de diversas armas. Estos desertores al extranjero, se decian leales soldados; y una orden del dia de sus gefes, les dirigia estas palabras: "*Vosotros habeis sido el modelo de todas las virtudes* (1)."

Venecia y sus fuertes, completamente bloqueados por los cuerpos del ejército austriaco que mandaba el general Wellesu, pensaron que en tal circunstancia era preciso tomar una gran medida nacional; y los hombres de la independencia decretaron con su acostumbrado patriotismo la reunion de Venecia al Piamonte. Manin se retiró en el acto: su república iba rio abajo.

El gran duque de Toscana habia dado desde mucho tiempo su constitucion á Florencia: esta constitucion, que antes era á la *francesa* habia sido reformada á la *sarda*. Esta era peor que la otra, y merecia por consecuencia ser perferida (2). Una amnistía publicada en seguida, habia

(1) Pepé. Hist. de las revoluciones de Italia, pág. 400.

(2) La alegría popular habia estallado entonces, segun las instrucciones de Mazzini, por demos-

dado la libertad á Guerrazi. Las elecciones comenzaron. El insurgente Guerrazi fué electo diputado en tres colegios; y el radical Montanelli, que se hallaba entonces prisionero en Mantua, fué nombrado representante del pueblo, con entusiasmo.

La revolucion llegaba al poder lo mismo en Toscana que en Roma. "¡Reformas! ¡Reformas!" gritaban los agitadores al gran duque Leopoldo debajo del palacio Pitti, lo cual podia muy bien traducirse así: "Achicaos lo mas pronto posible, á fin de os aplastemos en seguida con la misma prontitud, y os echemos aun mas pronto todavía."

Por desgracia, el gran duque de Toscana fué uno de los primeros que se dejaron llevar de las adulaciones populares, tranquilamente adormido entre nubes de incienso y ramos de palma al lejano rumor de la tempestad, cubriendo con su real egida las doctrinas de perdicion, y tomando con la mejor buena fé en sus estraños delirios al Tenaro por los Campos Eliseos. No culpemos, pues, á los toscanos si despues incurrieron en funestos estravíos, pues su soberano les habia dado el ejemplo.

Y sin embargo, ¿quién mas que él se habia manifestado dispuesto á sacrificarlo todo por su pueblo? No hubo género de concesiones á que no se resignase gustoso, hasta el punto de renunciar, por complacer á los exaltados, al título de *Alteza Imperial de Austria*. En cambio la *Italia roja* le manifestaba su agradecimiento hablando de él en estos términos: "Al gran duque de Toscana no le faltan mas que los hábitos para ser un perfecto jesuita (1)."

La apertura de las cámaras romanas debia efectuarse en el mes de Junio. Quince dias antes llegó á Roma el abate Gioberti, el prohombre de la corte de Turin, y paró en la fonda de Inglaterra frente por frente del palacio Tolonia. La llegada de este célebre eclesiástico, cuyas ideas y cuyo traje mismo nada tenia de religioso, habia dado lugar á demostraciones de regocijo, y á que la milicia nacional le hiciese guardia de honor.

Habiendo pedido una audiencia al Papa, contestóle Su Santidad, por medio de monseñor Médicis, que tendria mucho gusto en recibirle, con tal empero que se le presentase en el traje propio de su estado. Un tal Spilman, que tenia un hermano jesuita, le ofreció un vestido de clérigo: Gioberti le aceptó, y aunque desgraciadamente era muy corta la sotana y no habia sombrero, no se detuvo por tan poca cosa, calándose un sombrero redondo de seglar y presentándose al Papa en traje de carnestolendas.

(1) Historia de las revoluciones de Italia, por el general Pepé, página 201.

Pio IX le recibió, sin embargo, con bondad verdaderamente apostólica; y Gioberti, aparentando hallarse muy conmovido, prometió retractarse de cuantos pasajes había condenado en sus escritos la Iglesia. Pronto veremos de qué manera cumplió su promesa.

En la apertura de las cámaras, hecha por el cardenal Altieri en nombre del Papa (1), se distinguió Gioberti por sus aplausos demagógicos. Después tuvo largas conferencias con el padre Ventura, á consecuencia de las cuales publicó un nuevo folleto político sobre la *Independencia romana*, y una completa apología de su obra titulada el *Jesuita moderno*. Por último regresó á Bolonia más exaltado que nunca, y consiguió del ayuntamiento que se le cambiase el nombre á la calle en que vivía, poniéndole el de *Strada Gioberti* (2).

El día después de la apertura de las cámaras leyó Mamiani su programa político, indicando la línea de conducta que se proponía adoptar, sin hacer mención apenas de Pio IX.

“El Papa (decía en el programa), descansando en la serena paz de los dogmas religiosos, ora, bendice y perdona.”

A esto solo quedaban reducidas las atribuciones de Su Santidad.

Pio IX no tenía ya, verdaderamente hablando, ni poder ni autoridad; porque no obstante la división del ministerio de negocios extranjeros, le era imposible seguir libremente correspondencia con el orbe católico, sometido como se hallaba, á la vigilancia de Marchetti que se enteraba previamente de todas las cartas de Su Santidad, y pedía que se le enseñasen las propuestas para hacer de ellas en seguida el uso que tenía por conveniente; por donde Su Santidad venía en cierto modo á ser un mero secretario de Marchetti.

El 30 de Julio de 1848 subió Marchetti por la mañana á ver al Papa con un periódico de Módena en la mano, y ocultando el título, leyó como noticia oficial la de una gran victoria alcanzada por Carlos Alberto.

El artículo estaba copiado de otro periódico, y precedido de algunos renglones en que se ponían en duda los hechos allí referidos. Marchetti no tuvo muy buen cuidado de ocultar á Su Santidad esta primera parte, de modo, que á cosa de medio día se había esparcido por toda la ciudad el rumor del nuevo triunfo del ejército piemontés, y para darle toda la verosimilitud posible, salió de Roma un correo por la puerta Angélica y volvió á entrar por la del Pueblo con un enorme pliego en la mano, gritando: *¡Victoria! ¡Victoria!*

(1) Con Altieri iban los prelados Médicis, Borromeo y Lucidi.

(2) También hizo que le presentasen á la universidad en donde fué fervientemente cumplimentado por el rector Frateni y por el profesor Verri, jesuita echado de su comunidad.

¿Qué objeto podían tener estos engaños, si al cabo, más tarde ó más temprano, había de descubrirse la verdad?..... ¡Ah! era preciso mantener á la población en un estado de fiebre continua; cuanto más que el gran regocijo causado por la noticia de la victoria haría inevitablemente que fuese mayor la furia al saber la derrota.

“Jamás dejes, escribía Mazzini á sus correligionarios, jamás dejes que el pueblo se adormezca fuera del círculo de las agitaciones: rodeadle continuamente de estrepitosas emociones, de sorpresas, de mentiras y de festejos. Desórden, desórden y nada más que desórden, pues las revoluciones no se hacen en los pueblos con calma, moralidad ni verdades. Para que Roma venga á nosotros es preciso mantenerla constantemente fuera de sí.”

Eran las dos de la noche, y la exaltada y bulliciosa muchedumbre se dirigió con hachas encendidas y banderas tricolores á la casa del marqués de Pareto, ministro de Cerdeña, y pide que salga al balcón.

“¿Es cierto que el rey Carlos Alberto ha derrotado á los austriacos? le preguntan con grandes voces.—“Tengo motivos para creer, contestó el plenipotenciario al pueblo, que nuestra victoria es segura, pero nada sé todavía oficialmente sobre este punto.”

La frase pareció un poco vaga; mas la hirviente turba creyó que el no haber desmentido la noticia era ya una confirmación del triunfo, y prorumpió en numerosos vivas.

De allí corrió á las iglesias, y á fuerza de bastonazos obligó á los sacristanes á echar las campanas á vuelo (1). A todo lo largo de las calles, en los balcones, y desde el suelo hasta los tejados ardían luminarias y se disparaban pistoletazos, cohetes y petardos, que semejaban fuegos de pelotón ó descargas de artillería; todo ello mezclado con aclamaciones verdaderamente salvajes. La capital del mundo cristiano parecía haber vuelto á la época de la invasión de los hunos, solo que “el azote de Dios” era esta vez la misma Roma.

Al amanecer piden los clubs que se cante un *Te Deum* en acción de gracias por la derrota de los tudescos. El cardenal se dirigió al ministro de policía para asegurarse previamente de la certeza del hecho: “Cantad en todo caso el *Te Deum*” le contesta con frialdad Galetti.

Al punto se dió la orden para que la ceremonia religiosa se celebrase en los Teatinos, en el templo de San Andrés del Valle, que era la *iglesia nacional*.

Allí esperaba el padre Ventura, el amigo de Gioberti; y dirigiéndose á

(1) Solo en la iglesia de San Juan fué donde el pueblo no pudo conseguirlo.

la muchedumbre con acento fúnebre y solemne esclama: “¡ Hermanos ! estais siendo víctimas de un engaño horroroso, de una perfidia sin ejemplo ; el Te Deum que va á cantarse no es en honor de una victoria del Piamonte, sino por el contrario en celebridad de un triunfo de Radetzky. ¡ Roma y el pueblo están siendo objeto de burla !”

¡ Aquí de la indignacion general ! La muchedumbre se retira exasperada profiriendo gritos de venganza. Es inminente una catástrofe.

CAPITULO VII.

REVESES DE LA JOVEN ITALIA.—BATALLA DE CUSTOZA.—DERROTA DE CARLOS ALBERTO.—CAPITULACION DE MILAN.—TRIUNFO DE RADEZKY.—NUEVOS DESÓRDENES EN ROMA.

Los magníficos días del rey de Cerdeña iban de caída ; sus sueños comenzaban á desvanecerse, y el entusiasmo italiano decaía visiblemente por momentos. Mazzini peroraba en Milán, mas no en favor de Carlos Alberto, sino antes bien con la mira de fundar una república. Las operaciones militares carecian de unidad y de concierto, dando lugar por lo mismo á continuas defecciones y disgustos, á la indisciplina y al cansancio.

La Lombardía rechazaba mas fuertemente que nunca toda idea de subordinacion á la Cerdeña ; de donde necesariamente iba á resultar para el monarca del Piamonte una continuada série de desastres. Habia perdido un tiempo preciosísimo bajo lo muros de Mantua, dando así lugar á que los austriacos se rehiciesen, y á que las cosas comenzasen á cambiar de aspecto. Enviado el general Nugent en socorro de Radetzky con un cuerpo de ejército reunido precipitadamente á orillas del Isonzo, habíase apoderado de Palma-Nova defendida por el general Zuchi, y dirigiéndose de allí á Udina con diez y ocho mil hombres, logró que esta ciudad le abriese sus puertas.

El general Durando, encargado de impedir la reunion de Nugent y Radetzky, habia pasado el Pó dirigiéndose al Pavía, riachuelo que baja de los Alpes á desembocar en el Adriático: contando con sus legiones romanas y con un buen número de estudiantes que se le reunieron en Padua, creia seguro el éxito de su expedicion ; pero frustróse su esperanza, y despues de haber fracasado completamente su proyecto, tuvo que retirarse á Vicencio.

Animadas allí sus tropas con la presencia de Manin y Tomaseo, se

batieron al principio con valor y rechazaron al enemigo hasta el Adige ; pero habiendo vuelto á la carga los generales d'Aspre y de Wratislaw, aunque el general Durando se hallaba preparado á la mas heroica resistencia ; aunque tenia diez mil valientes, y se hallaba á su lado como consejero el marqués de Azeglio, presidente hoy dia del consejo de ministros en Turin, se dió prisa á.....capitular, quedando él y todos los suyos prisioneros (1).

Obtenida poco despues la libertad, los vencidos de Vicencio regresaron á Roma, en donde se les recibió en triunfo arrojándoles palmas y coronas como á los Césares del capitolio.

Radetzky habia tomado la ofensiva, concentrando sus tropas al rededor de Verona, mientras que las de Carlos Alberto se hallaban desparamadas en una estension considerabilísima de terreno, faltándoles un gran capitán.

Los austriacos atacaron al enemigo en *Somma-Cambagna*, y venciendo su vigorosa resistencia, lograron al cabo arrojarle de aquel puesto importantísimo. El general piamontés Sonnaz se retiró á Villafranca, dejando de este modo á Radetzky dueño absoluto de ambas márgenes del Mincio desde Ponti á Villagio, así como de las vecinas alturas.

Instruido Carlos Alberto de tan funestas nuevas, dejó sobre Mantua sus tropas de la orilla izquierda, logró reunir las en este punto en la noche de 23 al 24 de Junio.

El duque de Saboya se dirije sobre Custoza al frente de nueve mil hombres ; el de Génova sobre Somma-Campagna con una columna de cinco mil (2) ; y el general Bava toma á su cargo el mando en jefe. Estos tres oficiales superiores comienzan nuevamente con gloria la campaña, y cargando de improviso sobre los austriacos les obligan á retirarse en desórden hácia Oliori, causándoles de cuatrocientos á quinientos muertos, y cojiéndoles mil ochocientos prisioneros y dos banderas.

Al siguiente dia 24 se reunia Carlos Alberto en persona con el general Bava, y Radetzky presentaba la famosa batalla de Custoza.

Gran dia fué este para el Austria.

El rey de Cerdeña y sus hijos dieron pruebas de admirable valor todo el tiempo que duró el combate ; pero sus tropas se hallaban completamente indisciplinadas, como privadas de alimento por espacio de treinta horas, y rendidas de cansancio con las marchas y contramarchas de los

(1) Se les puso en libertad bajo palabra solemne de no pelear contra el Austria durante la campaña.

(2) Otros cinco mil quedaban de reserva en un punto intermediario, y dos mil guardaban á Villafranca.